

LAS MUJERES EN EL EVANGELIO DE LUCAS

Profesora Marifé Ramos González

Aula de Teología
10 de Noviembre de 2009

1. INTRODUCCIÓN Y PERSPECTIVA DE ESTA SESIÓN

Les invito a entrar esta tarde en el Evangelio de Lucas con nuestra vida, nuestro corazón y nuestras entrañas..., algo así como una inmersión en un mar tropical, para descubrir, en el fondo del mar, un tesoro maravilloso.

Se nota claramente que, cuando escribe su Evangelio, Lucas es un hombre tocado por la salvación. No escribe fríamente, como si hablara de algo que no le afecta, sino que cuenta algo de lo que ha sido testigo, algo que ha conmovido y ha cambiado su propia vida. Desde esa experiencia, mira a su alrededor, mira a las mujeres y ve que, lo que ha acontecido en su propia vida, está aconteciendo también en ellas. Y nos presenta todo ello como una Buena Noticia.

Lucas emplea las palabras sanación-salvación en un sentido distinto al nuestro; para nosotros son dos conceptos que afectan por separado a la dimensión física y a la espiritual, incidiendo, sobre todo, más allá de la muerte. Sin embargo, hoy vamos a intentar utilizar estas dos palabras como si fueran una sola, igual que hace Lucas, porque, cuando la gente está en contacto con Jesús y se deja sanar-salvar, algo cambia en su vida, tanto en su dimensión corporal como en su dimensión espiritual más profunda.

Vamos a ver cómo cambia la vida de estas mujeres del Evangelio, que estaban “atrapadas” por la muerte, la enfermedad, las pérdidas, etc., y quedan transformadas totalmente, despertándose en ellas procesos de sanación y recuperación de la vitalidad.

Estas mujeres se encuentran con Jesús en su vida diaria -tan normal y vulgar como preparar una comida para unos invitados, estar en la calle, echar una moneda en el cepillo del Templo...- y, en esa situación concreta, se despierta en ellas un dinamismo, se genera una energía, una vitalidad, que les abre a la salvación.

Es como si Jesús bajara al sótano de la vida de estas mujeres y, allí donde antes había miedo, oprobio y muchas formas de pobreza (tantas como las que nos podemos encontrar hoy en nuestra vida) llega la fuerza del Espíritu y empieza algo nuevo.

Por tanto, no podemos leer el Evangelio de Lucas como si fuera una novela o un texto que nos sabemos de memoria. Al leerlo, e ir ahondando en los testimonios de personas que dicen que *para Dios no hay nada imposible*, no podremos quedarnos indiferentes, sino que tendremos que preguntarnos continuamente:

¿Qué despiertan estos hechos en mi vida? ¿Cómo “toca mi vida” la experiencia de estas mujeres? ¿Cómo me afecta? ¿Me creo que, algo similar a lo que pudo

sucedier entonces, está sucediendo hoy en mi vida? ¿Qué dinamismo me despierta la experiencia de sentirme salvado/a?

2. MUJERES QUE PROCLAMAN QUE LA SALVACIÓN IRRUMPE AQUÍ, AHORA

Comenzamos la reflexión con dos mujeres en las que la salvación irrumpe de una manera tan plena que van a ser como el pórtico del Evangelio de Lucas. Es como si abriéramos la puerta y, de repente, entrase un resplandor increíble, que nos envolviese.

Estas mujeres son Isabel y María. Isabel es una mujer ya mayor, que ya ha perdido la esperanza de concebir, y María es una mujer muy jovencita que está empezando su vida fecunda. Dios, en el “aquí y ahora” de estas mujeres, en estos dos extremos biológicos, está haciendo algo totalmente nuevo, está ofreciendo una salvación que cambió su vida y cambió la historia.

El Evangelio (1,6... 1,57...) nos dice que **Isabel** y su marido habían cumplido la Ley, eran una pareja impecable, irreprochable ante el Señor, y que, a pesar de este comportamiento, no habían tenido hijos.

En la mentalidad judía los hijos eran signo de la bendición de Dios. El nacimiento de los varones engrandecía al pueblo, porque a través de la circuncisión renovaban la alianza. El nacimiento de las mujeres, sin embargo, se consideraba como una “semilla desperdiciada”. En el caso de que no llegaran a ser madres, sufrían un oprobio tremendo.

Ahora entendemos la esterilidad (tanto masculina como femenina) pero sabemos que, en tiempo de Jesús, la esterilidad sólo se atribuía a las mujeres. Ser estéril equivalía a ser asesina, porque las mujeres recibían, a través de la relación sexual, un niño microscópico en su útero, pero si el niño no llegaba a término, se entendía que la mujer “lo había matado”. Por todo ello, podemos deducir claramente por qué Isabel, habría sufrido el oprobio de sus vecinos y de todo el pueblo.

Sin embargo, cuando irrumpe la salvación, lo hace de una manera tan desmesurada que Isabel, no sólo tiene un hijo cualquiera, sino que se le anuncia que *Juan será un gozo para ellos y para muchos, será grande ante el Señor, se llenará del Espíritu Santo -como María y como todos nosotros- convertirá a muchos israelitas al Señor su Dios... Juan preparará al Señor un pueblo perfecto.* (1,14-17).

La frase de Isabel, que quisiera resaltar en estos momentos es: *He aquí lo que ha hecho el Señor cuando quiso borrar mi oprobio entre los hombres.* Es decir, cuando llega la salvación de Dios, no sólo borra el oprobio sino devuelve la dignidad de Isabel; en adelante ya no se hablará más de la pobreza de Isabel, sino que se cantará su grandeza.

En cuanto a **María** (1,26...) quisiera fijarme en algunos aspectos. En primer lugar, se nos presenta como una adolescente insignificante, que vive en una tierra de gentiles. Sabemos que la situación geográfica y política en la que vivían los

contemporáneos de Jesús condicionaba mucho la vida. Había una diferencia muy clara: no era lo mismo nacer y vivir en Jerusalén, que era el centro del mundo conocido, el lugar donde estaban las arcas del Templo y la gloria del Señor, que nacer y vivir en Galilea de los gentiles.

Tiberíades, la capital de Galilea, había sido construida sobre un cementerio y no la quería habitar ningún judío, porque estaban sometidos a las leyes de la pureza; por ello, sólo la habitó gente no judía o que fue obligada a vivir allí, con lo cual fue un foco de insurgentes y de gente de mala fama. Y es precisamente en esa zona, donde nadie lo esperaba, donde irrumpe la salvación.

Nos vamos a fijar ahora en tres frases, que nos sabemos de memoria, pero vamos a profundizar un poco más y a dejar que interroguen nuestra vida:

- *El Señor está contigo.* María experimenta que el Señor está con ella. María, de alguna manera, se siente llamada, llena de gracia. Aunque no sepamos cómo tuvo lugar la experiencia, ella oye, escucha, siente que *para Dios no hay nada imposible.*

Y esta noche, cada uno de nosotros y de nosotras podemos preguntarnos: ¿Me creo yo esto?

Y si me lo creo, no sólo con la cabeza, sino con el corazón, con las entrañas, ¿qué se está moviendo en mi vida? ¿Qué dinamismo genera el saberme lleno o llena de gracia? ¿Qué pobreza hay en mi vida, que me enredan, que me hacen llevar una vida de desamor, cuando la llamada del Señor nos invita a vivir llenos de gracia?

- *Hágase en mí, según tu Palabra.* Son las palabras que, según el Evangelio, dijo María. La Palabra es claramente dinámica, es una Palabra portadora de la bendición de Dios, que da fecundidad; es como la lluvia que cae sobre la tierra y no vuelve sin haber transformado esa tierra. María, ante esa cercanía, ante esa propuesta de salvación, dice algo así: *bien, que se haga todo lo que tenga que acontecer, aunque no lo entienda, que se despliegue la bendición de Dios.* Y a María se le ofrece un signo, una señal: en Isabel, ese dinamismo ya está en marcha, ya se ha desplegado la bendición de Dios.

Esta noche podemos preguntarnos también si, nuestra actitud es semejante a la de María, cuando sentimos que la salvación de Dios llama a nuestra puerta. O, más bien decimos: *“Señor, espera, no vayas tan deprisa, no cambies tanto mis planes..., ayúdame un poco, pero que tu Palabra no transforme radicalmente mi vida...”*

- *El Magnificat.* Yo les animo a que lo lean, no como si fuera el primer canto de María, sino como el canto del atardecer de la vida. A mí me parece que esta otra perspectiva tiene más sentido y es más sugerente. En la Biblia se repite muchas veces: *Recuerda, Israel,* es decir, *Israel, vuelve a pasar por tu corazón toda esa historia de salvación que el Señor ha hecho contigo.*

Y cuando Israel va recordando cómo Dios le sacó de Egipto y cómo le llevó con mano amorosa por el desierto, se enternece y su corazón está preparado para escuchar a Dios, que le pide que atienda a los extranjeros, a los huérfanos, a las

viudas, etc. Es decir, cuando Israel recuerda la obra de Dios está en condiciones de responder a nuevos compromisos.

Es muy importante que también nosotros sepamos recordar. El peligro es que recordemos sólo lo negativo y nos anclamos en las heridas, complejos, en hechos de la infancia que nos han marcado negativamente, etc. Sin embargo, frente a esa manera de recordar, hoy María nos invita a mirar nuestra vida como historia de la salvación.

María *fue guardando muchas cosas en su corazón*, fue saboreando la Palabra y recordando todas aquellas experiencias de Dios que habían marcado su vida.

Experimentar significa “atravesar” y María había atravesado el sufrimiento, la incomprensión, la dureza de los comentarios de su pueblo... María había atravesado muchas experiencias duras, difíciles.

Parece lógico que, al atardecer de su vida, con cierta distancia de los hechos, cuando vive ya libre de las ataduras de la Torá, al soplo del Espíritu, recuerda su vida y con palabras del Antiguo Testamento, se une al canto de otras mujeres para decirnos: *cuando yo recuerdo mi vida tengo que proclamar que engrandece mi alma al Señor; me doy cuenta de que ha ido derribando del trono a muchos poderosos y ha ido engrandeciendo a muchos humildes... Es como si al final de mi vida toda la historia encajara y mostrara el sentido profundo que tiene...*

También nosotros podemos mirar hacia atrás, recordar nuestra historia de salvación y escribir nuestro *Magnificat*. Podemos unirnos a María y decir como ella: *Canto porque el Señor ha hecho en mí maravillas, porque ha hecho toda esta historia en mi familia, de generación en generación, porque puedo contar cómo el Señor me ha derribado de tronos que yo me construía y me ha levantado cada vez que he caído...*

Por eso, creemos que el *Magnificat*, además de ser el canto de María, debe convertirse en nuestro propio canto, en la oración que recoja nuestra experiencia vital.

3. TESTIGO DE ESA IRRUPCIÓN

La profetisa Ana (2,36). Es una mujer viuda, mayor, tenía 84 años y, aunque sabemos que esa cifra es un símbolo, pocas cosas podía esperar ya esta mujer. Estaba sirviendo en el Templo, quizás el único ámbito en el que podía hacer algo útil. Sin embargo, independientemente de lo que pudiera pasar desde el punto de vista estrictamente histórico, cuando Lucas nos presenta esta mujer, que aparentemente no es nadie, nos dice que ella es capaz de descubrir en Jesús mucho más que lo que ven sus ojos, es capaz de descubrir que en ese niño hay un signo de salvación.

Yo creo que la profetisa Ana enseña algo muy importante a la vida religiosa: allá donde hay poca esperanza, porque parece que todo está lleno de dificultades, tengamos una mirada que busca tallos de Pascua y signos de salvación; que en

medio de la fragilidad y la pobreza, seamos capaces de decir: *¡la salvación del Señor ha irrumpido!*

4. JESÚS PREDICA EN GALILEA, EN MEDIO DE CONTROVERSIAS. SE VA DESVELANDO SU MISTERIO, UNOS LE SIGUEN Y OTROS NO

A continuación, Lucas nos presenta a Jesús predicando en Galilea, donde unos van a seguirle y otros no; va a ser signo de contradicción. Cuando predica en la Sinagoga de Nazaret despierta tanta rabia, tanta ira, que incluso le quieren despeñar por un precipicio. Sin embargo, a continuación, vemos que cura a un endemoniado y la gente reconoce que de Él ha salido una energía, ha emanado algo que ha despertado vida en aquel hombre y en la comunidad.

Hay una serie de mujeres, de las que vamos a hablar a continuación, que van a representar la actitud de unas personas que quieren creer y ven los signos, frente a otras personas que, por el contrario, no quieren creer y se sitúan a distancia.

La suegra de Pedro (4,38). Dicho con todo respeto y cariño, yo creo que la lectura de este texto ha sido muy manipulado en la vida religiosa y, ha llevado a actitudes erróneas. Habitualmente se explica el texto diciendo que esta mujer tiene fiebre y, cuando Jesús la toca, inmediatamente se pone a servirles. Moraleja: aunque tengas fiebre, aunque lo estés pasando fatal, ponte a servir, hasta que dejes la vida en ello.

A mi me parece que podemos hacer otra lectura. La fiebre es la puerta de la enfermedad y, como bien sabemos, en aquellos tiempos se consideraba que las personas enfermas estaban atrapadas por la maldición o por el castigo de algo que habían hecho ellas o su familia. Las personas enfermas no podían seguir a Jesús. En este caso, es la suegra de Pedro quien, a causa de la fiebre, está abocada a una enfermedad. Es curioso, porque Jesús no la toca, ni le habla, sino que increpa a la fiebre, y detiene la enfermedad. Es como si Jesús quitara el obstáculo que esta mujer tenía para poder seguirle.

Teniendo en cuenta que, en el Evangelio de Lucas, seguimiento y servicio están estrechamente unidos, cuando nos dice que *inmediatamente se puso a servirles*, quiere decirnos que se ha convertido en discípula, porque ya no hay nada que se lo impida. Me parece una interpretación más profunda que el mero hecho de ponerse a prepararles la comida.

La viuda de Naim (7,11-17). Me resulta curioso este episodio, y me da la sensación de que, en este texto, queda un resto patriarcal que no encontramos en otros textos. Es más androcéntrico que otros, como si una tradición se hubiera intercalado y Lucas fuera, en este caso, menos libre y más deudor de esa tradición.

Nos habla de nuevo de una mujer que no tiene nombre ni referencia, ninguna de las dos cosas. Para las mujeres de aquel tiempo, las referencias eran su padre, su marido o su hijo varón, y esta mujer era viuda y su hijo había muerto. Según se va leyendo este texto parece que algo no encaja y a mí, personalmente, hay aspectos

que me descolocan bastante. Me sorprende, por ejemplo que Jesús le diga a la mujer: ¡No llores!

Creo que es poco afortunado decir esto a una persona que llora la pérdida de un ser querido; me parece más bien, una frase muy masculina, es decir, como los hombres no lloran, tú, mujer, tampoco. Sería más lógico también, que Jesús abrazase a la mujer en vez de tocar el féretro... Aunque diga que *al Señor le dio lástima de ella*, creo que faltan las formas, los gestos, que veremos en otros relatos y en otras relaciones de Jesús con las mujeres.

Sin embargo, la conclusión de este proceso es que *todos alaban a Dios diciendo: un gran profeta ha surgido entre nosotros. Dios ha visitado a su pueblo*. Quieren presentar a Jesús como profeta, con el lenguaje y las categorías de entonces y, efectivamente, así lo hacen. La viuda de Naim sería algo así como un mero pretexto para presentar a Jesús como profeta.

La pecadora arrepentida (7,36-50). Este texto nos sugiere que en nuestro corazón conviven tres personas al mismo tiempo:

- Simón: representa los juicios, la comparación con los demás, la actitud de compararnos continuamente, actitud que podemos manifestar en cualquier momento.

Cada vez que decimos... “no soy como los demás...”, cada vez que señalamos a alguien, resaltando lo que hace mal, estamos alimentando al Simón que hay en nosotros; estamos descubriendo su presencia, pero no le combatimos, sino que permitimos que crezca más y más.

- En nosotros está también la pecadora, porque la pasión por vivir, bien encauzada, nos lleva a ser personas apasionadas por el Reino, entregadas, amorosas... Pero cuando esa pasión está mal orientada, podemos caer en cualquier pecado, enredarnos en lo que sea... Es fácil constatar la existencia de esa mujer pecadora en nuestro corazón; yo, al menos, sí la encuentro.

- Y en nuestro corazón está también Jesús, que extiende el manto de misericordia para “cubrir” a esta mujer. Mientras que Simón es una persona que “descubre” y señala el mal, el daño que hay en ella, Jesús la cubre y la mira con misericordia.

El Jesús que hay en nosotros nos invita a cerrar los ojos, a bajar los párpados y cubrir con el manto de misericordia toda debilidad ajena. Por eso, esta tarde podemos preguntarnos: De esas tres realidades que hay en nuestro corazón, ¿a quién alimentamos? ¿A quién dejamos crecer?

Las discípulas (8,1-3). Para entender este pasaje, creo que es bueno recordar que, en tiempo de Jesús, los rabinos no podían saludar ni hablar por la calle ni a su madre, ni a su esposa, ni a su hija... es decir, a ninguna mujer. Era tan clara y contundente la prohibición que, ningún rabino que quisiera conservar su dignidad, lo haría en ningún momento. Los rabinos no admitían nunca a mujeres como discípulas, aprendizas, o compañeras... Y, de ninguna manera admitían a mujeres a

sus pies, porque esto significaba una relación maestro-discípula, una relación de aprendizaje.

Además, las mujeres no salían por los caminos; si tenían que ir a visitar a alguien en otro pueblo, o ir a Jerusalén, lo hacían acompañadas por hombres, con un propósito muy claro, y a determinadas horas del día.

Para los judíos estar dentro o fuera tenía mucha importancia; “dentro” significaba dentro de la ciudad, de la casa, de la familia, y “fuera” era el lugar donde habitaban los espíritus, la corrupción, donde se perdía la dignidad..., por ejemplo, era el lugar apropiado para la prostitución.

Otra cosa totalmente inaceptable en el judaísmo era que las mujeres pusieran sus bienes al servicio de los hombres. En este texto parece que Lucas está haciendo una especie de “guiño” a la sociedad grecorromana, en la que sí había mujeres que tenían un nivel económico y cultural alto y se convertían en patronas, en mecenas de algunas personas a las que ayudaban con sus bienes. Quizás con la actitud de estas mujeres, Lucas quiere decir que en el judaísmo pasó algo parecido.

No dudo que fueran mujeres mal vistas, porque la Torá era muy clara en estas normas de comportamiento. Ellas, ante la novedad del encuentro con Jesús, ante el cambio que había experimentado su vida, ante el fuego que ardía en su corazón, son capaces de comportarse de otra manera y dejar al lado las hablaturías, juicios, etc., propios de la sociedad en la que vivían.

Podemos preguntarnos ¿qué ocurrió en el corazón de estas mujeres para que fueran capaces de transgredir estas normas? ¿Qué vino nuevo habían saboreado, que hizo que perdieran un poco la dignidad delante de los demás?

Y nosotros, ¿sentimos que la salvación toca nuestra vida? ¿Tendríamos que transgredir algunas normas, para vivir más intensamente la pasión por el Reino?

No olvidemos que no es lo mismo transgredir normas para alimentar nuestro ego, para quedar por encima de los demás, para crearnos espacios de bienestar, que para vivir el apasionamiento por el Reino. Tenemos muchos santos y santas que han parecido incluso locos en su sociedad, como, por ejemplo, Margarita Naseau, Hija de la Caridad, que se contagió al cuidar a personas apestadas. Son muchos los santos y santas que han roto las medidas y no han sido capaces de limitarse a las normas, porque tienen un amor mayor, porque en su corazón se sienten tan queridos, tan sanados y salvados, que ya viven desde la “desmedida”, movidos por la pasión por el Reino y por las criaturas más rotas.

A veces, actuamos con mucha “prudencia”, con mucho “término medio”... y pueden ser actitudes que nos ayudan a mantener la imagen, a no complicarnos la vida, pero no son, en realidad, actitudes apropiadas para trabajar por el Reino. Estas mujeres del Evangelio nos ayudan a estar alerta y revisar nuestras motivaciones.

Su madre y sus hermanos (8,19-21). Como ya sabemos, la familia judía tenía unas normas muy estrictas, semejantes, de algún modo, a las costumbres gitanas o de otros pueblos actuales. Según la Ley del Levirato, al morir el marido, la viuda

(quisiera o no quisiera), tenía que seguir unos ritos para que la protegiera su cuñado, o para deshacer un compromiso que no quería aceptar. Existía también la figura del *goel*, el redentor, es decir, la persona que, cuando alguien de la familia se encontraba en una situación muy comprometida, porque debía mucho dinero y no iba a poder pagar, saldaba toda la deuda, evitando así la esclavitud, la prostitución, etc.

Da la impresión de que, lo que nos ofrece Lucas en este episodio, es una apuesta por una visión nueva de todos los vínculos familiares y de las relaciones humanas. Jesús, que ya en otro momento había dicho *a nadie llaméis padre* -expresión excesivamente fuerte en una sociedad patriarcal- puso en cuestión estos vínculos familiares tan fuertes que también esclavizaban, y nos enseñó que las relaciones con la madre y los hermanos se pueden vivir también desde otras claves. Es un modo de decir que su madre y sus hermanos no le atan, hasta el punto de no poder moverse con libertad o no poder trabajar por el Reino.

En este sentido quiero hacer un pequeño paréntesis relacionado con la vida religiosa. Yo creo que, en la medida en que hay Comunidades que no son muy numerosas, que las hermanas se van haciendo mayores y se van sintiendo enfermas, se están recuperando unos lazos familiares que pueden atar a los religiosos y religiosas. Está bien cuidar a los padres y a los hermanos mayores, o que te cuiden, pero hay que tener cuidado con una cierta tentación de volver al ámbito familiar y huir de la Comunidad. Yo creo que esta cita del Evangelio de Lucas puede ayudarnos a poner en cuestión cualquier persona o cosa que nos ate, y que nos impida vivir al soplo del Espíritu.

La hemorroísa (8,43-48). Para entender este texto hay que tener en cuenta un dato de la legislación judía del tiempo de Jesús, que es muy interesante. Se creía firmemente que si una mujer que tenía la regla pasaba por en medio de dos hombres, o de un grupo de hombres, uno de esos hombres moriría sin falta. Si pasaba cuando estaba al final del período, podía ocasionar una pelea entre ellos, con la consecuencia de una desgracia. En el momento en que su cuerpo tenía hemorragias, la mujer era portadora de muerte. Así entendemos mejor por qué esta mujer tenía tanto miedo de acercarse a Jesús; si al tocarle era descubierta, se podía pedir que se fijara un día y una hora para apedrearla, porque había transgredido la ley y era rea de muerte.

Este texto nos recuerda que la sangre no es sólo un fluido de nuestro cuerpo, sino que conlleva mucha carga emocional. Nosotros mismos tenemos expresiones como “¡Qué mala sangre tienes...!” o “¡Tengo lazos de sangre ...”. La sangre marca también nuestra identidad, es una realidad que afecta profundamente nuestra vida, hasta el punto de que, cuando vemos que alguien tiene una hemorragia, que no se puede controlar, se nos despierta el miedo a la muerte.

¿Cómo se sentiría esta mujer que, aun sabiendo que podía ser apedreada, se arriesgó hasta ese punto? Si la descubrían tocando a Jesús, la podían matar, pero... ¿y si quedaba sanada-salvada? ¿Qué humillaciones habría sufrido durante tantos años? No sólo sentiría que estaba perdiendo la vida, a través de la hemorragia, sino que era portadora de impureza, de contaminación y de muerte.

La forma en que Jesús se dirige a ella es preciosa; no le dice que la cura, o que la perdona, en lugar de castigarla. Jesús le dice: *Hija, tu fe te ha curado; vete en paz*. Jesús la remite al dinamismo sanador que tiene dentro de sí misma, y la mujer siente que se corta ese flujo por el que se le está yendo la vida.

¿Por dónde se nos va a nosotros la vida? Por pesimismo, por añoranzas, porque vemos que nos vamos haciendo mayores, porque no hay relevo generacional, por miedo a la soledad... Y, para que no se nos vaya, recurrimos a pastillas, a replegarnos sobre nosotros mismos en postura fetal, quejándonos de la dureza de lo que nos ocurre, de que en estos tiempos las cosas ya no son como antes, incluso necesitamos enfermar, para que los demás nos cuiden y nos muestren su cariño.

Aunque no sepamos cómo ocurrió aquello exactamente, si reflexionamos en algún momento sobre aquella mujer que siente que la fuente por donde se le iba la vida se corta, que ya no contamina, que se puede relacionar con los demás, de alguna manera, tendríamos que preguntarnos hoy, aquí y ahora:

¿Dejamos que Jesús toque las fuentes por las que se nos está yendo la vida? Estas fuentes pueden ser complejos que arrastramos desde la infancia y que todavía no hemos resuelto, comparaciones, envidias, nuestra propia imagen..., o cualquier otra cosa que nos está quitando vitalidad ¿Presentamos todo eso a la sanación del Señor y creemos firmemente que podemos ser salvados? O, pensamos que, para el tiempo que nos queda, mejor tomamos las pastillas diarias y seguir tirando? Como decíamos al principio, ¿nos creemos firmemente que *para Dios no hay nada imposible* y que hoy, aquí, ahora, nos ofrece la sanación-salvación?

La hija de Jairo (8,40-42.49). Este hecho nos recuerda que la salvación tiene algo que ver también con el despertar. Hace poco se cayó un niño a la piscina y, tras 30 minutos dentro del agua, cuando lo sacaron, estaba vivo, en coma. Durante el tiempo que ha estado hospitalizado, la madre ha estado a su lado acariciándole, hablándole, y el niño ha salido del coma sin lesiones cerebrales y sin que los médicos se expliquen lo que ha pasado.

En este caso del Evangelio, Jairo es un hombre que tiene una hija única, de 12 años, justamente la edad del matrimonio en ese tiempo, es decir, el momento en el que Jairo pensaría en casarla y que comenzase a tener hijos, lo que para él sería un motivo de orgullo y grandeza. Yo no sé si Jairo lamentó no haber tenido hijos varones, como hacían todos los judíos en aquel tiempo, pero la realidad es que sólo tiene una hija, que tampoco va a poder darle esas satisfacciones que esperaba. Sin embargo, para Jesús, la niña no está muerta, sino dormida...

¿Qué pasa con nuestras muertas? ¿Qué cantidad de dimensiones de nuestro ser pueden estar dormidas? Se nos ha podido dormir hasta la vida de oración y que únicamente repitamos fórmulas, incluso en medio de cabezadas y bostezos. Nuestra creatividad, nuestro entusiasmo, nuestras relaciones, ¿se nos han dormido o se nos han muerto? Si creemos que se nos han muerto, ni siquiera le pediremos nada al Señor. Pero si creemos que no están muertas sino dormidas, nos

volveremos a Él, porque creeremos que su mano puede despertar todo ello y experimentaremos, una y otra vez, que *para Dios no hay nada imposible*.

5. LARGO VIAJE HACIA JERUSALÉN Y CATEQUESIS POR EL CAMINO, CON EL HORIZONTE DE LA CRUZ

A lo largo de este viaje hacia Jerusalén, que nos describe Lucas, es como si Jesús, a través de otras figuras femeninas y masculinas nos estuviera enseñando a ser discípulos, siempre con el horizonte de la cruz. Vamos, pues, a dejarnos catequizar hoy por estas mujeres.

Marta y María (10-38-42). Marta es una mujer atada todavía a lo que decía la Torá en el sentido de que, cuando se presentaban hombres en una casa, la mujer tenía que irse a preparar la comida y las cosas que sirvieran para el cuidado de aquellos hombres.

Las mujeres en ese caso tenían que “desaparecer”, no podían hablar en público, ni siquiera estar allí, pues la acogida a los huéspedes masculinos era tarea de los varones; todo estaba legislado y escrito, no se dejaba a la decisión de cada persona.

Sin embargo, María pierde su imagen; lo que ella hace no estaría bien visto, pues, de ninguna manera tenía que ponerse públicamente a los pies de un maestro en una casa, porque no era su papel; en ningún caso podría ser reconocida y admirada por estos hombres. En el AT se hace referencia varias veces a la mujer como motivo de bendición y orgullo para su padre, para su marido o para su hijo. ¿Qué vino nuevo saboreó María, que le permitió poner su cuerpo, como discípula, a los pies de Jesús? En aquellos tiempos la postura corporal expresaba muy claramente lo que una persona estaba viviendo; por tanto, María a los pies de Jesús, está indicando que su actitud vital es de discípula.

En este momento, podemos preguntarnos: ¿Qué dice nuestro cuerpo de cada uno de nosotros y de nosotras? ¿Tenemos cara de buena noticia, una mirada de cercanía y una sonrisa que expresa que estamos viviendo intensamente la bendición y el amor de Dios? ¿O, por el contrario, tenemos gestos amenazadores, miradas de desconfianza y dedos que crecen de tanto señalar a los demás...? ¿Qué diría Jesús si viniera y viera nuestro cuerpo? Porque, podemos situarnos mentalmente como discípulos, dentro del evangelio y en el corazón de la Iglesia, pero manifestar que estamos muy lejos de todo ello con la expresión de nuestro cuerpo, en el tono de voz, la agresividad, los gestos, etc.

La mujer encorvada (13,10-17). Esta mujer es icono de la humanidad encorvada. Jesús está en la Sinagoga, lugar donde un varón judío no tiene que estar mirando a una mujer, y mucho menos si está enferma. Jesús tendría que estar pendiente de la explicación de la Ley, de las cosas de su Padre.

El momento en el que ofrece Jesús la salvación también es inapropiado, porque el sábado es un día en el que se podía cuidar al buey o a la mula, pero estaba absolutamente prohibido curar a las personas.

Sin embargo, este texto nos dice que, aunque creamos que somos la persona más encorvada del mundo, aunque estemos en un lugar inapropiado, aunque el momento no sea propicio, la salvación de Jesús llegará a nuestra realidad concreta. Jesús está tan cercano, tan pendiente de nosotros, tan deseoso de ofrecernos la salvación que llega a donde estemos, al aquí y ahora de nuestra vida. Y esto es muy profundo y esperanzador.

Quiero ilustrar esto con un ejemplo que a mí me ha impresionado mucho y me ha ayudado. Hace unos años, estaba trabajando en una Parroquia con un grupo de mujeres muy sencillas; un día acudió al grupo una mujer que tenía problemas familiares muy serios, y que estaba medicada, por lo cual parecía que no se estaba enterando bien de lo que ocurría a su alrededor.

En la reunión leímos este texto de la mujer encorvada, diciendo cada una en voz alta la carga que llevábamos sobre nuestros hombros, lo que nos estaba doblando, porque no podíamos con tanto peso. A medida que cada mujer expresaba cuál era su carga, en voz alta, iba doblando su espalda, se iba encorvando más y más.

Al acabar de hablar todas las mujeres del grupo, una de ellas hizo el gesto de imposición de manos sobre una de sus compañeras encorvada y le dijo:

- *“En nombre de Jesús, ¡incorpórate!”*

Y aquella mujer se incorporó. Las dos juntas se dirigieron a otra de las mujeres, invitándole a incorporarse, con el mismo gesto y las mismas palabras.

Cuando llegó el momento en que se acercaron a aquella mujer, que creíamos que no se estaba enterando de nada, ella dijo gritando: “¡Ya sé lo que me pasa!”. El regalo que le hizo Dios en ese momento fue tomar conciencia, con una fuerza increíble, de cómo había estado humillada y maltratada por su marido y por sus hijos. Dios le ofreció la salvación a través de una lucidez impresionante, súbita. Ella comentaba después que ya no se iba a medicar más, que tenía que empezar un proceso de crecimiento y de cambio, en lugar de tomar las medicinas y seguir atontada.

Hoy, el Señor nos sigue ofreciendo su sanación y salvación de muchas maneras, también a través de las manos de personas sencillas, que son cauce de la obra de Dios. Por eso, os animo a que luego cerréis un ratito los ojos y os visualicéis encorvados y encorvadas, tomando conciencia de cuál es la carga que lleváis sobre los hombros, la carga que os dobla y os rompe. A continuación mirad al Señor, no como plañideras, sino diciéndole: “Señor, reconozco que tu carga es ligera y que tú eres cireneo de mi vida, que me pides incorporarme y llevar la carga con la fuerza y la pasión del Reino. Si quieres, puedes incorporarme”. Y dejemos que Dios actúe.

La mujer de la dracma perdida (15-8-10). En aquellos tiempos, cuando una mujer se casaba, su familia tenía que pagar una dote a la familia del marido. A veces la mujer recibía también unas monedas, que podía guardar y administrar, en caso de necesidad. Para no perderlas, muchas veces se las colgaban en el pañuelo que llevaban en la cabeza, así servían también de adorno. Ahora bien, perder una de

aquellas monedas era como haber perdido un tesoro, y encontrar una moneda de plata era motivo para dar gritos de alegría y llamar a las vecinas para que compartieran la alegría. La pérdida de la moneda y la alegría de su recuperación le ayudan a Lucas a expresar la alegría de sentirnos salvados.

Pero, ¿qué alegría nos produce el hecho de que se nos ofrece la salvación gratuitamente? A veces decimos que nos sentimos salvados, pero lo hacemos con una cara que no es extraño que nadie nos crea, porque no se nos nota nada especial. ¿Con qué compararíamos hoy la alegría de la salvación?

La viuda importuna (18-1-8). Esta mujer sufre el acoso de sus enemigos; es mujer, es viuda, y encima no le hacen justicia. Sin embargo, resulta curioso que, molestar a un juez, varón, en la sociedad patriarcal, sea signo de algo nuevo, y Jesús dice que esa actitud está bien, porque es señal de algo nuevo y profundo.

¿Nos creemos también que importunar al Señor, pidiendo justicia, tiene un valor en el Reino? ¿Lo pedimos, como esta viuda, con toda nuestra fuerza y convencimiento?

6. DESENLACE EN JERUSALÉN: ¿CÓMO VIVIR CON LOS VALORES QUE HA PREDICADO JESÚS: OTRA MIRADA, LA COMPASIÓN, LA GRATUIDAD Y EL DINAMISMO?

Llega el desenlace en Jerusalén y cuatro mujeres encarnan cuatro valores; podríamos decir que, después de la catequesis anterior, ellas han asimilado estos valores, los están viviendo y nos sirven de ejemplo.

El óbolo de la viuda (21-1-4). Quiero resaltar que este texto es de los pocos en los que Jesús comienza diciendo: *En verdad, en verdad os digo...*

Nosotros decimos *amén* al final de algunas oraciones pero, en el pueblo hebreo, comenzar una frase diciendo *amén* tenía mucha fuerza. Indicaba que había que prestar mucha atención a lo que se iba a decir, porque era importantísimo. La gente que oía esta expresión sabía que lo que iba a oír era sólido como una roca, era como un escudo que te defiende, como algo que te protege, como una doctrina que te va a dar vida.

En este caso, Jesús nos avisa de que, en la puerta del Templo, se puede estar pensando en Dios, en el boato, en el humo de los sacrificios o del ruido que hacían las monedas al caer. La gente adinerada tenía la costumbre de echar las monedas de la limosna a una especie de embudo grande, desde lejos, para que sonasen y llamasen la atención de la gente que pasaba por allí. Era un modo de que quedara patente la generosidad.

Sin embargo, Jesús nos dice que hay otra manera de vivir, que es coger el sustento (lo que nos sostiene) y ponerlo en las manos de Dios, con confianza, como aquella viuda. A ella no le preocupaba hacer el ridículo ante la gente, entregando esas moneditas, ni le agobiaba quedarse sin el sustento. La actitud de

esta viuda nos ayuda a interrogarnos sobre cuál es nuestro sustento, cuánto entregamos y cuánto nos reservamos.

Las mujeres que presencian la Pasión (23,27-28). ¿Cómo vivirían estas mujeres la pasión de Jesús, teniendo en cuenta que podrían haber sido sus hijos los conducidos a la muerte? ¿Cómo estarán viviendo hoy las madres de los pescadores el secuestro del Alakrana, sabiendo que sus hijos pueden ir a pescar a esa zona y puede ocurrirles lo mismo?

Sabemos que, en el momento de la muerte de Jesús la situación política era durísima, hacían unas redadas impresionantes y no juzgaban con justicia a los detenidos. Herodes era un rey cruel que había matado, entre otras personas, a tres de sus hijos. En medio de esa inseguridad, ¿cómo asistirían y presenciarían la pasión de Jesús aquellas mujeres?

No viene en el texto del Evangelio el episodio de la Verónica, porque es un texto de los apócrifos, pero sabemos que las mujeres se arriesgaban bastante al acompañar a los detenidos, porque si los romanos sospechaban que alguien había comido o cenado con un reo lo detenían.

Yo creo que estas mujeres nos preguntan hoy a cada uno de nosotros: ¿Cómo presencias tú hoy la pasión del mundo? ¿Cuál es tu lugar en esa pasión? Estas mujeres nos recuerdan que hoy tenemos que estar presentes en la pasión y el sufrimiento del mundo, desde la compasión, la misericordia, la denuncia y la lucha por la justicia.

Las mujeres junto al sepulcro (23,55; 24,1-12). Los judíos tenían y siguen teniendo, unas costumbres muy meticulosas, relacionadas con las leyes de la pureza, lo que hace que lavar un cadáver resulte una tarea difícil, dura y desagradable.

Pero eso es lo que fueron a hacer aquellas mujeres: lavar y embalsamar un cadáver. Fueron a realizar unas tareas desagradables, con aromas y ungüentos, a cambio de las cuales ya no podían recibir nada de Jesús. Ellas expresan la gratuidad total, Jesús ya no puede pagarles.

Quiero resaltar una frase de este texto: *Las mujeres recordaron entonces sus palabras...* Estas mujeres recuerdan lo que Jesús les dijo, estando todavía vivo, recuerdan la historia de la salvación, y es como si esta muerte, que no encajaba en esa historia, cobrase sentido para ellas. A partir de ese momento, ya no son las cremas y los bálsamos lo que cobra importancia en el relato, sino lo que está ocurriendo en su corazón; por eso el camino de vuelta lo hacen de otra manera y se presentan ante el grupo como si delirasen.

Allí donde ellas han visto muerte, están descubriendo tallos de vida, y parece locura lo que dicen, porque ellas están viviéndolo en otra dimensión, con un dinamismo nuevo. Estas mujeres, igual que las otras mujeres que hemos visto anteriormente, están saboreando el vino nuevo, están saboreando la Pascua.

Por eso es tan importante que hoy seamos buscadores de tallos de Pascua, en medio de todas las muertes que nos rodean. Es fácil ganar el puesto de plañideras de la sociedad, pero el Señor nos llama a ser profetas de la Pascua.

Las mujeres que se sobresaltan (24,22-24). Al comienzo del Evangelio, las mujeres se han sobresaltado porque irrumpen la salvación en sus vidas. Al final del Evangelio son las mujeres las que sobresaltan a los demás, porque la salvación ha transformado su vida. La historia de la salvación continúa; la muerte no ha podido vencerla, por eso, las mujeres no ven el cuerpo de Jesús, pero saben, sienten que está vivo.

A continuación, hay un pequeño añadido en el texto en el que se dice que el Señor se apareció también a Pedro. Incluyen a Pedro ahí porque en la sociedad grecorromana, lo mismo que en la judía, no se podía creer por el testimonio de una mujer; hacía falta, por tanto, que aparezca Pedro por algún lado, para que el testimonio fuera más fiable y se pudiera creer.

Hemos comenzado el Evangelio con Isabel y María que cantan que *para Dios no hay nada imposible*; y acabamos con estas mujeres que ven y experimentan realmente, que *para Dios no hay nada imposible*.

7. CONCLUSIONES

Lucas no da un paso radical en la organización de las comunidades, pero sí nos habla de que hombre y mujer se sienten salvados, a la par.

Es muy curioso ver la cantidad de veces que va colocando a hombres y mujeres en situaciones paralelas, semejantes, y son las mujeres las que se convierten en iconos, en referencia de transformación, en transgresoras; son mujeres que no obedecen ciegamente la Torá, porque han sido capaces de librarse de sus redes cuando han experimentado la buena noticia.

Sin duda estuvieron enredadas en algún momento, al igual que toda la sociedad, pero el viento del Espíritu, la fuerza de Jesús, les permitió liberar sus pies de estas ataduras y empezar a vivir algo nuevo. Estas mujeres fueron leyendo y descubriendo signos de salvación, y pusieron en cuestión algunas costumbres patriarcales.

Como conclusión añadiría también que, si el Evangelio de Lucas nos animara sólo a ser un poquito más buenos, no merecería la pena. Este evangelio tiene que despertarnos y hacernos ver que, tengamos los enredos que tengamos en nuestra vida (normas, leyes, recuerdos, heridas, pérdidas...) sea cual sea nuestra situación vital, hoy - aquí - ahora, Jesús nos ofrece la salvación y la sanación, estrechamente unidas.

Antes de terminar, quiero compartir un texto que he escrito, a modo de ensayo, para ver cómo se nos podría haber contado la buena noticia si el Evangelio no tuviera la huella patriarcal que tiene, si nos hubieran escrito algunos relatos las mujeres, en lugar de los hombres.

La madre del hijo pródigo

Mientras Cleofás duerme y todavía queda un poco de aceite en el candil, voy a escribir lo que ha ocurrido hoy, para que mis hijos se lo cuenten a los suyos y así sucesivamente, de generación en generación.

Hace meses que nuestro hijo pequeño se fue de casa. Días antes había oído hablar a Jesús de Nazaret y se quedó preocupado; a las madres no se nos escapa nada y yo noté que algo se le había removido por dentro. A pesar de la educación que le habíamos dado, de vez en cuando nos hablaba de las ganas que tenía de disfrutar de la vida, de saborear lo prohibido en la ciudad, y experimentar esos placeres de los que le hablaban los mercaderes.

Una noche noté que no podía dormir; estaba inquieto y daba vueltas y más vueltas. En cuanto amaneció nos dijo a Cleofás y a mí que se iba de casa, y que le diéramos su parte de la herencia, porque no volvería nunca más por la aldea. Mi marido se puso furioso, él tenía la costumbre de repetirnos alguna frase de la Torá que se sabía de memoria: “Que tu corazón no envidie a los pecadores, sino que tema siempre a Yahvé, porque así tendrás un porvenir y tu esperanza no se verá frustrada”, “Escucha hijo mío y sé sabio y dirige tu corazón por el camino recto”.

Y ahora era su propio hijo el que no valoraba el don de Dios y envidiaba a los pecadores, corriendo tras ellos. Pero yo intuía su lucha interior; podíamos perderlo para siempre, pero podía ocurrir todo lo contrario, quizás al tener en sus manos todo lo que deseaba, se daría cuenta de que eran ciertas las palabras de la Torá: “El que observa una conducta íntegra se salvará pero el que sigue caminos tortuosos caerá en uno de ellos”. “El que cultiva su campo se hartará de pan, pero el que va detrás de quimeras se hartará de miseria”.

Cleofás le dio una bolsa con los denarios de la herencia y le quitó la túnica y el anillo; no le dijo nada. Yo le metí en el zurrón unos panes, unos peces y unos pocos dátiles. El chico bajó la vista, como si estuviera avergonzado, y se fue lentamente por el camino que conduce a la ciudad.

Durante meses no supimos nada de él; algunos vecinos comentaban en la plaza que le habían visto gastar el dinero en fiestas y mujeres, otros hablaban de que estaba delgado y sucio, porque cuidaba cerdos en una hacienda, pero no sabíamos si eran habladurías o era cierto.

Cada día yo salía a la puerta de casa con muchos pretextos: tender la ropa, acercarme hasta la fuente o visitar a una vecina que estaba viuda y enferma. Pero mis ojos buscaban ávidamente, en la lejanía, la silueta de mi hijo.

Sólo tú Adonai, mi Señor, sabes las lágrimas que he derramado y las veces que te he suplicado que cuidaras a mi hijo, “porque tú sanas a quien tiene el corazón roto y vendas sus heridas.”

Y hoy ha llegado la salvación a mi casa, hoy ha ocurrido el milagro. A lo lejos vi la silueta de mi hijo, con su andar cansino, como si llevara sobre sus hombros una carga que no podía soportar. Traía la ropa hecha jirones.

Al verle grité con todas mis fuerzas:

- “Cleofás, nuestro hijo estaba perdido y lo hemos encontrado, estaba muerto y ahora vive”.

Cleofás salió corriendo, con los brazos abiertos, para recibirle. Yo entré corriendo a casa a buscar entre los cobertores su túnica; quería envolverle en ella para que los vecinos no le vieran con

su ropa raída, quería envolver su cuerpo para que, al sentir la tela limpia de lino y el olor a lavanda, recordara el día en que mi marido y yo, al ponerle esta misma túnica sobre sus hombros y el anillo en el dedo, le dijimos: “Hijo, todo lo nuestro es tuyo”.

DIÁLOGO

P. *En primer lugar, quiero expresar mi agradecimiento por el baño de ternura que ha inundado este salón durante todo el desarrollo de la exposición. Se ha insistido tanto en la salvación a las mujeres que los hombres parece que se difuminan en el Evangelio de Lucas, cuando la realidad es que Jesús a quien salva es a la persona, sea varón o mujer.*

R. En aquel tiempo a las mujeres no les correspondía ningún papel. Al no poder ser circuncidadas, como los hombres, no eran miembros de pleno derecho en el pueblo; tampoco tenían motivos para sentirse salvadas. Cuando Jesús les dice que la salvación es para ellas, igual que para los hombres, ¿cómo se sentirían estas mujeres, que durante tanto tiempo se habían sentido humilladas y relegadas? A mí eso me parece muy grande, y es lo que despertó tal dinamismo en las mujeres que hacían lo que fuera para seguir a Jesús, incluso le sostenían con sus bienes, aunque dijeran que estaban locas.

Ahora no pasaría esto, porque tenemos muy claro que la salvación es tanto para el hombre como para la mujer. Sin embargo, si tuviéramos más claro que la salvación es también para tanta gente marginada como tenemos al lado, algo en la pastoral de la Iglesia tendría que cambiar. Necesitamos nuevas formas de proclamar la salvación, que despierten más dinamismo en las personas más alejadas de esa salvación.

P. *Ha sido una charla dirigida al corazón. ¿No será que no molestamos, ni sobresaltamos, porque es incómodo?*

R. Yo creo que para sobresaltar, lo primero que tiene que ocurrir es que cada uno de nosotros nos hayamos quedado, de verdad, sobresaltados, impresionados, y hayamos dicho de repente: ¡¡Dios mío, cómo has irrumpido en mi vida!!! Si experimentamos que *para Dios no hay nada imposible*, y que lo que empieza aquí es una historia de salvación, maravillosa... a continuación diremos, *¡hágase esa historia maravillosa!* y todo lo que venga será obra de Dios. Sin embargo, creo que sin querer se han ido introduciendo unas formas muy “prudentes”, muy “comedidas”. Parece que el modelo, el paradigma de seguimiento, es algo más bien controlado, prudente, comedido. El Evangelio de Lucas nos recuerda que se ha perdido pasión, fuerza.

P. *Al final, Lucas cae en la trampa, porque es Pedro el que tiene que certificarlo. ¿Por qué también hoy Pedro tiene siempre que certificarlo todo?*

R. Tenemos un rasgo que es un poco triste en la historia, y es la cantidad de veces que se ha hecho una censura masculina hacia experiencias de mujeres, libros de

mujeres, espiritualidad vivida por las mujeres... Ésa es la pobreza con la que nos movemos; ojalá en el siglo XXI irrumpa con más fuerza la manera genuina de vivir el cristianismo de las mujeres, y eso sea una riqueza para la Iglesia. El Evangelio de Lucas nos recuerda también el miedo que anida en nuestro corazón, y que donde hay miedo no hay fe, porque son absolutamente incompatibles.

P. *Sobre el Magnificat ¿qué ha querido decir al indicarnos que lo reescribamos?*

R. Yo invito a las personas que no lo hayan hecho todavía, a recorrer el Magnificat, frase por frase, y escribir cómo toca la propia vida el texto del Magnificat. Por ejemplo:

Engrandece mi alma al Señor: Cuándo digo esto, ¿estoy proclamando algo que sale de mis entrañas, o es simplemente una frase que repito mecánicamente?

Porque se ha acordado de mi humillación, de mi pobreza: Empiezo a recordar cuál es la historia de mi pobreza, de mi pequeñez, de mi pecado..., aquellas situaciones en las que he sentido que Dios irrumpía diciéndome, “Hija, quiero hacer contigo algo nuevo”...

Derriba del trono a los poderosos: Voy recordando y pasando por el corazón esa historia, sintiendo que, cuando me he querido subirme a cualquier podio, el Señor me ha derribado, por mi propio bien. ¿Cuántas veces me he empeñado en construir torres de babel?

Engrandece a los humildes: Voy recordando cada vez que el Señor ha querido hacer cosas grandes conmigo, con mi familia, de generación en generación...

Y así sucesivamente, con todo el texto del *Magnificat*. Si somos capaces de escribirlo, orarlo, cantarlo y proclamarlo, descubrimos que hay una energía que se despliega en nuestra vida cristiana. Por eso, yo no hablaría de este texto como el canto de una adolescente que, de repente, dice una oración magnífica, maravillosa, sino como la invitación a orar, en el atardecer de nuestra vida.

<p>En el siguiente blog mariferamos.com está colgado material de charlas, parábolas, etc.</p>
